

# Consenso y poder

---

Este texto planteó preguntas que suelen ser ignoradas e intentó dar pistas o guías para debatir sus respuestas. También ingresó en la discusión de temas que son tratados en el debate político, aunque intentó observarlos desde algunos ángulos que generalmente se evitan o ignoran.

En todo caso, al inicio mencionábamos la necesidad de concebir al esfuerzo de democratización como una labor que nunca debe perder de vista a sus destinatarios: las mujeres y los hombres que enfrentan con incertidumbre y temor su día a día, particularmente los que viven la injusticia de la pobreza y la marginalidad en sociedades profundamente desiguales y violentas.

Hablamos de una democracia que garantice a los ciudadanos el ejercicio efectivo de sus derechos; de la necesidad de garantizar controles efectivos al ejercicio del poder a través de instituciones de la república; de la necesidad de reformar el Estado para nuestra nueva etapa política, conscientes del déficit de estatalidad; de la fiscalidad y sobre cómo enfrentar marginalidad social y la inseguridad ciudadana en la región.

En síntesis, planteamos la necesidad del cambio en América Latina con la plena conciencia de que los principales instrumentos democráticos de transformación social –la política, los partidos políticos y el Estado– son mirados con escepticismo por grandes sectores de nuestras sociedades.

Todos estos temas estuvieron siempre vinculados, de una u otra manera, a la cuestión del poder, clave de la política y en consecuencia de la democracia. *Quiénes* detentan el poder, *por qué* lo tienen, *para qué* lo utilizan, fueron cuestiones que recorrieron explícita o tácitamente nuestras páginas.

Después de todo, del poder trata la política: de obtenerlo, de conservarlo y de utilizarlo. La democracia agrega *cómo* y *para quién* usarlo.

Pero, si de cierta manera pudimos introducir temas, guías y mostrar la relevancia de la discusión del poder, existe el riesgo de que este texto pueda ser visto como un “deber ser”, como los abstractos consejos de observadores que no aportan a la elaboración de los instrumentos para su realización.

Cierto, es posible que allí exista un riesgo. Pero, escribir la ecuación en la pizarra es una condición necesaria para resolverla. Hemos tratado de anotar algunas.

Por otro lado, deseamos concluir llamando la atención sobre uno de los instrumentos indispensables para atacar cualquiera de los problemas o dilemas que hemos visto: la creación de consensos de gobierno.

Nuestra región vio en ocasiones la formación de frentes de partidos. Pero la mayoría de las veces o su destino fue meramente electoral o se trató de procesos que reunían a quienes casi pensaban igual.

El desafío es la creación de mayorías plurales, que compartan los objetivos y valores centrales de un proyecto, y que sean capaces de reunirse no sólo para ganar una elección sino para gobernar. Para dar continuidad y poder al cambio. Esta experiencia, salvo raras experiencias muy exitosas, no es práctica habitual en América Latina.

En la política es más difícil alcanzar acuerdos que promover enfrentamientos. Eso la torna una tarea apasionante: la conclusión de los acuerdos entre distintos, para construir poder para el cambio. Y parte de esa pasión es que no se trata de una labor que concluya con una idea genial o una maniobra magistral.

La política tiene el encanto de la larga construcción de la obra esencial.

No será la obra de un presidente sino de varias generaciones que trabajan sobre una visión compartida, sobre aspiraciones comunes.

El consenso es clave en la construcción del poder democrático. Ese es el único poder que puede

permitir no sólo enfrenar las transformaciones que hemos discutido sino, sobre todo, gobernar para las mayorías. Sería deseable que la nueva etapa de la democracia latinoamericana culmine inaugurando la de los consensos de Estado.